

ORANDO con la PALABRA

(Domingo 5º de Pascua)

“ Dijo Jesús a sus discípulos :” No perdáis la calma, creed en Dios y creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas estancias, si no, os lo habría dicho y me voy a prepararos sitio. Cuando vaya y os prepare sitio, volveré y os llevaré conmigo, para que donde estoy yo estéis también vosotros. Y adonde yo voy, ya sabéis el camino”. Tomás le dice: “ Señor, no sabemos adónde vas, ¿Cómo podemos saber el camino?”. Jesús le responde: “ Yo soy el camino y la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí. Si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre. Ahora ya lo conocéis y lo habéis visto”. Felipe le dice: “Señor, muéstranos al Padre y nos basta”. Jesús le replica : “Hace tanto que estoy con vosotros, ¿ y no me conoces, Felipe?. Quién me ha visto a mí ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú :”Muéstranos al Padre?”. ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí?. Lo que yo os digo no lo hablo por cuenta propia. El Padre, que permanece en mí , él mismo hace las obras. Creedme, yo estoy en el Padre y el Padre en mí. Si no, creed a las obras. Os lo aseguro, el que cree en mí , también él hará las obras que yo hago y aun mayores. Porque yo me voy al Padre”.

(Jn.14,1-12)

La Palabra, en este tiempo de Pascua, vuelve a ser una llamada a la calma, a la serenidad, ante el posible desconcierto que podamos vivir, como lo vivieron sus discípulos, en ese tiempo sorprendente de su presencia resucitada. Esa serenidad brotará de la fe en su Palabra, de creer que Jesús es la Presencia del Padre, es uno con Él. “Quién me ha visto a mí, ha visto al Padre”, “Yo estoy en el Padre y el Padre en mí”. Jesús se presenta como el cauce para llegar al Padre. Es el Camino. En Él encontramos el camino dónde apoyar y orientar el futuro. Es la Verdad que nos sustenta y nos da seguridad, que nos ayuda a descubrir nuestro verdadero rostro. Que nos abre a la Vida que es Él mismo y nos ofrece un modo y un sentido a nuestro vivir.

Jesús insiste una y otra vez en la necesidad de creer en Él e invita a la calma y a la serenidad a sus discípulos, con la promesa de que volverá y estará con ellos, siempre. Como los discípulos, también nosotros necesitamos creer. Sólo se llega al Padre por Jesús, siguiendo el camino que Él nos va mostrando con su Palabra, con su vida, con su presencia.

Ante cualquier duda o incertidumbre, en momentos de desconcierto, hoy y siempre Él vuelve a repetirnos: “No perdáis la calma”, no perdáis el rumbo, no perdáis el deseo de seguir buscando, de seguir caminando junto a mí, porque “Yo soy el camino, la verdad y la vida”.

ORACIÓN

De nuevo en el silencio, tu Palabra
nos invita a mantener la calma,

la serenidad,
a encontrarlas y sustentarlas en la fe.
Y ante el desconcierto,
ante la duda expresada por Tomás:
¿Cómo podemos saber el camino?,
Tú le respondes: “Yo soy el camino,
la verdad y la vida”.

También nosotros
nos vivimos en camino,
proyectos y metas,
interrogantes y temores,
alegrías, fracasos y retos.
Camino abierto
que, a veces, como a Tomás,
se nos hace incierto, desconcertante.
Y seguimos caminando
con los pies heridos,
sin saber exactamente
qué vereda tomar,
o si hemos de desandar
el tramo recorrido.

Necesitamos
volver a encontrarte
como Camino
en el que afianzar nuestros pies
para orientar la ruta.
Como Camino
que ilumina nuestra vereda cotidiana,
que ofrece sombra a nuestros cansancios,
que impulsa nuestros proyectos
y suscita horizonte y libertad.
Como Camino
que nos muestra
y en ti encontramos, el rostro del Padre,
del Dios cercano y compasivo
que quiere que caminemos
hacia un mundo de iguales, de hermanos.

En nuestro caminar,
buscamos la verdad
que nos sustente

que nos afiance en la ruta
que nos dé seguridad por dentro.

Necesitamos
volver a encontrarte, cada día,
como Verdad,
como lo esencial de lo que eres,
Palabra y Presencia del Padre,
que se hace luz en el Espíritu
para iluminar al mundo
y ofrecerle la Salvación.

Que caminemos en verdad, Señor,
desde una actitud lúcida,
para ver la realidad personal y colectiva
para analizarla,
contrastando,
dialogando, compartiendo.
Desde una actitud humilde,
reconociendo los propios errores,
despojándonos de nuestras seguridades,
conscientes de nuestra fragilidad,
respetuosos y “descalzos” ante el otro,
y en libertad.
Sintiéndonos libres por dentro,
libres para expresar lo que vivimos,
lo que sentimos, lo que soñamos.

Y viviéndote como camino,
que conduce nuestros pasos,
y como verdad, que los sustenta,
te encontramos como Vida.
Vida que nos hace uno en ti.
Vida que da sentido a nuestro vivir,
Vida que nos acoge, nos dignifica,
que nos impulsa a ser y a aportar vida
a nuestro alrededor.
Vida que nos hace humildes testigos
al servicio de la vida,
que brota y crece en el corazón del mundo.
Amén.

(Hna. F.Oyonarte)

